

7

HISTORIAS DEL
FARERO DE
CAVALLERIA

FERRAN
RAMON-
CORTÉS

ó



ETIQUETAS

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2021 TODOS
LOS DERECHOS
RESERVADOS



Soy Carla, y a estas alturas ya debes saber que de mi viaje a Menorca lo que más me está gustando es ir a visitar al Farero. Y hoy que es nuestro cuarto día en la Isla mi madre trataba de convencerme de que nos saltásemos la visita, para no agobiarlo. Me dijo que creía que estábamos abusando de su paciencia. Yo lo entendía, pero igualmente quería ir; así que lo que le propuse es que no fuéramos sólo a verlo, sino que comprásemos cosas para invitarlo a merendar. Estaba segura que le gustaría. A mi madre le pareció bien, así que yo salvé mi visita al Faro. Por la tarde, después de haber pasado la mañana en la playa (no me acuerdo de cuál, porque no me interesaba mucho) compramos la merienda y fuimos al faro. Creo que mi madre ya se sabe el camino de memoria.

Llegamos al faro y al Farero le encantó la sorpresa; enseguida puso la mesa y empezamos a merendar. Y a hablar, como cada día. Me preguntó por la escuela, y por los profesores. Y le conté:

- El *friki*, el de mates es el mejor; en cambio al *soso*, que es el de lengua no lo soporto. La *happy*, que es la de dibujo, es muy divertida, y nos llevamos muy bien. Y al *estirado*, que es el director, por suerte sólo lo tengo una vez a la semana en las sesiones de tutoría.

También me preguntó por mis amigas, y también le conté:

- Sofía es una *empollona*, y a veces es un poco aburrida. María es *la guapa*, y claro, se dedica a hacerse *selfies* todo el día. Con Andrea me llevo muy bien. Es la más *normal*...

El Farero me escuchaba con atención, y sólo me dijo:

- Veo que todas tienen su etiqueta... ¿cuál es la tuya?

Me quedé muy sorprendida. No sabía por qué me decía aquello. Creo que se dio cuenta porque enseguida me dijo:

- ¿Me acompañas? Vamos a visitar el almacén de repuestos del Faro.

Entramos en una pequeña habitación. Había una mesa con varias herramientas, y una estantería llena de cajones. Todos estaban perfectamente etiquetados. El Farero buscó una etiqueta que ponía “bombillas”. Me señaló el cajón y me preguntó:

- ¿Qué crees que hay en este cajón?
- Bombillas, está claro.
- Vamos a verlo.

Abrimos el cajón, y en efecto había bombillas. De todos tipos y tamaños, pero todo eran bombillas. Buscó otra etiqueta que ponía “tornillería”. Y cuando abrimos el cajón, encontramos justo lo que esperábamos, un montón de tornillos de todas las medidas. Rebuscamos en algunos cajones más, y yo no tenía ni idea de qué quería contarme con aquel experimento. Me propuso que volviéramos a la mesa en la que merendábamos y cuando ya estábamos sentados otra vez me dijo:

- Carla, las etiquetas sirven para clasificar las cosas. Si en un cajón pone “bombillas”, lo que esperamos encontrar son bombillas.



Nada más que bombillas. Y en ese cajón buscaremos precisamente eso: bombillas. Pero no las tenemos que usar para clasificar a las personas. Porque las personas somos mucho más complejas. Cuando ponemos una etiqueta a alguien, desde el momento en que se la ponemos sólo vamos a ver esa parte de esa persona. Si al profesor de lengua le ponéis la etiqueta de soso, lo que veréis es su parte sosa, pero posiblemente no veréis nada más. Porque su etiqueta ya nos dice lo que esperamos encontrar. Y de esta manera, para vosotras siempre será un soso, porque es lo que miráis de él. Y créeme, os perdéis muchas más cosas que seguramente él también es.



Lo estaba empezando a entender, pero no del todo, así que le dije:

- ¿Me lo puedes contar otra vez?
- Claro, mira: cuando decimos de alguien que es pesado, o listillo, o lo que sea, le estamos poniendo una etiqueta, y el problema es que a partir de ese momento nuestro cerebro sólo verá de esa persona lo que coincida con esa etiqueta. Si la etiqueta es *pesado*, sólo me fijaré en los momentos en que está siendo pesado. Y no me fijaré en nada más. Y claro, me perderé muchas cosas de esa persona. Las cosas se pueden clasificar, porque son lo que son. Una bombilla es una bombilla, y nada más. Pero las personas somos muchas cosas a la vez. Tu amiga Sofía es posible que sea *empollona*, pero seguro que es muchas cosas más. Si la etiquetas como *empollona*, dejarás de ver el resto. Y la convertirás en sólo eso, una *empollona*.

Empezaba a verlo claro, pero no acababa de entender el problema. Creo que se dio cuenta, porque me dijo.

- ¿Y sabes que pasa Carla? Que si por ejemplo el *pesado* está intentando dejar de serlo, no nos vamos a dar cuenta, porque no nos fijamos más que en lo pesado que es. Y esto puede ser muy injusto para esta persona...

De repente lo entendí. Porque me vino a la cabeza Sonia, una amiga a la que todos llamábamos la *histérica*. Y es verdad que un día me dijo: “Carla, hace mucho tiempo que he cambiado, y no os habéis dado ni cuenta”. Se lo conté al Farero. Él me dijo:

- Carla, lo peor de las etiquetas es que hay muchas cosas maravillosas de algunas personas que nunca las veremos precisamente por culpa de esas etiquetas.

Se me quedó grabado. Las etiquetas son para las cosas, no para las personas. Mis amigas no podían tener etiquetas. Y creo que me puse roja al pensar qué etiqueta podía tener yo... De repente, por la escalera que subía a la torre vi un destello. El faro se había encendido. Subí corriendo las escaleras para verlo otra vez. Era mi momento mágico, y no me lo quería perder.

Después de un buen rato viendo cómo oscurecía, y cómo el faro enviaba sus destellos, oí que mi madre me llamaba. Teníamos que marchar.



Bajé muy poco a poco los escalones de la torre, pensando. Lo que había aprendido de las etiquetas era muy importante. Al llegar a la entrada me despedí del Farero. Le dije:

- ¿Sabes? Para mi ya no podrás ser el Farero. Sería una etiqueta.

ó



WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2021 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ